

PABLO VI Y LAS TENSIONES DENTRO DE LA IGLESIA
CATÓLICA
(LA DIFÍCIL MARCHA DEL POSCONCILIO)

En los últimos tiempos, desde España, se ha vuelto la mirada sobre la importante figura del Beato papa Pablo VI, tan discutido e incomprendido en vida. Fueron los años posconciliares años duros de polémicas ácidas y de protestas generalizadas. Años de incomprensiones que, en el camino del posconcilio, dejaron hondos e indelebles surcos en el rostro del papa Montini.

Como muestra de reconocimiento y del interés despertado últimamente por este papa, se celebró en Madrid (del 14 al 15 de octubre del 2016), organizado por la *Fundación Pablo VI*, que preside Mons. **Ginés García Beltrán** (Obispo de Guadix-Baza), y auspiciado por la Conferencia Episcopal Española, un Simposio-Homenaje al papa Pablo VI.

La presencia del cardenal **Pietro Parolín**, Secretario de Estado de la Santa Sede, realzó el encuentro. Las conferencias de los cardenales, don **Ricardo Blázquez** y don **Fernando Sebastián**, además de la que envió desde Roma el historiador, don **Vicente Cárcel Ortí**, confluyeron en lo mismo: el pensamiento y la acción de Pablo VI fueron fundamentales para la feliz conclusión del Concilio Vaticano II y para su posterior aplicación. El doctor **Giovanni M^a Vian**, director de *L'Observatore Romano*, trazó una certera semblanza de Montini, bajo el título «¿Quién era Montini?», y **Juan María Laboa** habló

de Pablo VI como hombre de diálogo que sabía proponer sin imponer y animar sin forzar los tiempos.

Pero nos llamó poderosamente la atención la conferencia de la doctora **Lucetta Scaraffia** que, después de refrescarnos la memoria con la tormenta desencadenada por la encíclica *«Humanae Vitae»* (1968), hizo una defensa firme de las grandes intuiciones que el Papa vertió sobre este controvertido documento, que constituyó un golpe fuerte para él y un punto de inflexión en su pontificado.

De aquí vamos a partir para presentar en este trabajo, muy en sintonía con el problema ecuménico, un panorama sucinto de las embestidas y tormentas que experimentó la Iglesia católica de Roma en los años posteriores al Concilio, bajo el firme y responsable pastoreo del beato Pablo VI¹.

De tal manera que bien podríamos formular el planteamiento de nuestra reflexión con esta pregunta: «¿Cómo afrontó Pablo VI, en el camino del ecumenismo, las tensiones y conflictos que hubo de encarar dentro de la propia Iglesia católica-romana? ¿Cuáles fueron sus enseñanzas y su quehacer apostólico en este aspecto importante de su ministerio, el de la unidad?».

Sin duda, para poder entablar un diálogo fecundo con las otras Iglesias cristianas, se hace necesario cuidar, vigilar y alentar la «unidad diversa» y la «diversidad compaginada» dentro de la propia Iglesia en la que uno está. Veamos la tarea del Beato Pablo VI en este punto de su pontificado.

1. LOS DESGARRONES ECLESIALES

No rompen su comunión con la Iglesia los que viven en estado de pecado, más necesitados que nunca de la salvación que circula por ella, sino los que pertinazmente se enrocan

1 Lo que ofrezco en este estudio no es más que un resumen de uno de los capítulos de mi libro, que recoge parte de mi tesis doctoral sobre la unidad de la Iglesia en el magisterio y quehacer apostólicos del papa Pablo VI. Cf. E. DE LA HERA, *Pablo VI timonel de la unidad*, Monte Casino, Zamora 1998, 277-325.

en sus propias opiniones y se alejan deliberadamente de la unidad eclesial².

San Ambrosio decía que pecamos todos, hasta los más viejos: «*Peccamus et seniores*»³. Pero si nos atenemos a lo más fiable y sólido de la tradición eclesial, podemos afirmar que la postura de los *herejes*, *cismáticos* y *apóstatas* es un atentado directo contra lo que se considera esencial en la vida de la Iglesia: la comunión en la unidad. La Iglesia debe respetar tendencias, opiniones y sensibilidades diversas hasta donde razonablemente puedan y deban ser respetadas, pero debe vigilar y cuidar el «*cor unum*» para que la fraternidad no se quiebre.

Herejía, *cisma* y *apostasía* implican una ruptura, que conlleva, ya de suyo (aun antes de que se aplique lo previsto por el Código de Derecho Canónico) la *excommunicatio* o *excommunicatio*. Entendida ésta como el hecho consumado de situarse deliberadamente fuera de la comunión eclesial.

Los «*excomulgados*», aun antes de ser oficialmente excluidos por la competente autoridad eclesial, se han situado ya fuera de la comunión «*espiritual y jurídica*» de la Iglesia⁴. **San Agustín** decía: «*Quien rehúse nuestra comunión, sepa que se separa de toda la Iglesia*»⁵. Sin duda San Agustín se refería a la «*comunión con el obispo de la Iglesia local*». Pero Pablo VI muy justamente lo refería también a la «*comunión con el obispo de Roma*», sucesor del Apóstol Pedro, porque cita enseguida a San Ambrosio en su conocida frase: «*Donde está Pedro, allí está también la Iglesia*»⁶.

A la luz de la comunión con el sucesor de Pedro y con el propio obispo no es difícil vislumbrar otras dos comuniones

2 Cf. Alloc. Aud. Gen. (14-IX-1966): Insegnamenti (Inseg., en adelante) IV (1966) 848; Cf. también, Allocución Audiencia General (Alloc. Aud. Gen., en adelante) (1-VI-1966): Inseg IV (1966) 791; Alloc. Aud. Gen. (19-II-1969): Inseg VII (1969) 877.

3 Cf. S. AMBROSIO, *De Poenitentia*, II, 8, 74: PL 16, 515.

4 Cf. Alloc. Aud. Gen. (14-IX-1966): Inseg IV (1966) 849: Nótese el orden en el que el Papa coloca los adjetivos *espiritual* y *jurídico*. Es como si dijera que es más importante lo primero que lo segundo (lo segundo es consecuencia disciplinaria de lo primero); Alloc. Aud. Gen. (1-VI-1966): Inseg IV (1966) 791.

5 Alloc. Aud. Gen. (30-X-1964): Inseg II (1964) 972-973.

6 Cf. S. AMBROSIO, «*Ubi Petrus, ibi Ecclesia*»: *In Ps.* XL, 30: PL 14, 1082.

fundamentales: la unión a Cristo, cabeza de la Iglesia y la unión entre los cristianos, miembros del mismo cuerpo eclesial.

No vale decir «pertenzo al cuerpo espiritual» de la Iglesia, aunque esté fuera de lo jurídico o de las leyes que la Iglesia se ha dado a sí misma. El Beato Pablo VI insistía mucho en que no hay dos Iglesias paralelas: la *jurídica* y la de la *caridad*. Lo *institucional* y *carismático* son dos aspectos de la misma y única Iglesia, ya que lo que fundamenta el esqueleto jurídico del Cuerpo de Cristo no es otra cosa que la corriente espiritual que circula de la Cabeza a los miembros, haciendo de todo el Cuerpo, aun cuando los miembros sean muchos, una sola comunión fraterna (Cf. 1 Cor 12, 12-31).

Así, pues, los desgarrones en la fe, la caridad y la disciplina de la Iglesia suponen una herida profunda, por la que, sin duda, se escapan parte de las fuerzas y de la vida del único Cuerpo de Cristo. Es verdad que –como dice el propio San Agustín– herejes, cismáticos y apóstatas mantienen intacto su bautismo, que no se debe repetir en caso de que regresen a la Iglesia, de la que se fueron; pero no es suficiente el bautismo, para conseguir la plena y perfecta unidad en la comunión querida por Cristo; son necesarias, además, una fe operante, una caridad fuerte y una obediencia al auténtico magisterio de la propia Iglesia⁷.

2. CRÍTICA Y CONTESTACIÓN

Cuando Pablo VI saca a la luz la *Ecclesiam Suam* (6-VIII-1964), habla ya del «*espíritu de crítica*», que en aquel momento comenzaba a subir como una temible marea en el mar que agitaba la barca de Pedro. Pero creo que Pablo VI, aunque estaba preparado para ello, tal vez no previó entonces la tormenta, que, años más tarde, se desencadenaría, y que tanto sufrimiento le acarreó, hasta el punto –según pienso– de acelerar su final⁸.

7 Cf. S. AGUSTÍN, *De bapt.* 2, 7: PL 43, 133. Citado por Pablo VI: Aloc. Aud. Gen. (1-VI-1966): Inseg IV (1966) 789-79.

8 Tal vez el papa no estaba preparado para la marea crítica que se le echó encima (sobre todo con la «*Humanae Vitae*»). Pero el que no estuviera preparado no quiere decir que no «previera» la borrasca: Cf. V.

Cuando el papa en la *Ecclesiam Suam* escribe sobre la reforma que el Concilio debe introducir en la legislación eclesial, se muestra básicamente optimista: la reforma es necesaria, «pero no precisamente para arrancar de la Iglesia determinadas herejías o desórdenes generales, que gracias a Dios no existen en su seno, sino para favorecer un nuevo vigor espiritual en el Cuerpo místico...»⁹. Todavía no había hablado el papa Montini, como lo haría más adelante, en 1969, de «fermentos cismáticos», ni de «tendencias centrífugas», ni de «polémicas particularistas», ni de «fenómenos disgregadores», ni de «desviaciones y errores» en la Iglesia¹⁰. Errores, desviaciones y desgarros que se producirían a «derecha» e «izquierda», en el lado más «progresista» y, sobre todo, en el más «integrasta» de la Iglesia con el caso Lefèbvre, que acabó en cisma, al no acatar las decisiones del Concilio Vaticano II y sobre todo al atreverse a ordenar presbíteros y obispos al margen de la Santa Sede.

Llegados a este punto, me gustaría hacer dos observaciones: primera, es falsa la creencia, sostenida por algunos, de que el papa Montini oyera, preocupado, crujir la unidad de la Iglesia tan sólo en un extremo de la barca: el lado, diríamos, «progresista»¹¹. Con frecuencia Pablo VI se refirió a las tensiones y agitaciones, provenientes de un lado y de

MORERO, *La Chiesa difficile di Paolo VI. Dieci anni di una Chiesa in cammino*, Massimo, Milano 1972, 29.

9 ES (6-VIII 1964) II, 46.

10 Hom. «in coena Domini» (3-IV-1969): Inseg. VII (1969) 190-191.

11 En adelante, cuando aparezcan los términos *progresista* o *integrasta*, *derecha* o *izquierda*, quiero que el lector los entienda así: Al margen de toda connotación política al uso, aunque del mundo de las ideologías y de la política están tomados. «*Derecha*» = Visión conservadora, tradicional. «*Izquierda*» = Visión progresista, con matices revolucionarios. Sirvan estos términos como punto de referencia y sólo para entendernos, ya que es muy arriesgado homologar las tendencias de pensamiento en la Iglesia con las que se dan en el mundo de las ideologías o de la política. En mi trabajo no abuso de estos términos; más bien, procuro evitarlos. Tampoco a Pablo VI le satisfacen los términos *integrasta* y *progresista*, aunque él luego utilice mucho el término *contestación*: «Los términos ya convencionales en el lenguaje de la opinión pública, pero nada exactos para definir bien acontecimientos eclesiásticos: progresismo, contestación, revolución, o también reacción, restauración, inmovilismo, etc (...) nosotros preferimos considerar hechos y fenómenos, que nos circundan, a

otro. Y segunda observación: el extremismo «*integrista*», que consideraba (entonces y ahora) al Vaticano II (por su carácter no definitorio de verdades dogmáticas) como un Concilio de índole pastoral, y por tanto, como un episodio aislado y sin trascendencia para la vida de fe dentro de la Iglesia, golpeó casi tanto o más que otros extremismos la sensibilidad de aquel Papa, que creía apasionadamente en el Concilio Vaticano II.

Pero todo esto pienso que quedará claro, después de analizar el abundante magisterio, que sobre la *contestación* produjo el Beato papa Pablo VI. La *contestación* o lo *contestatario* (palabras muy de moda en los años posteriores al Concilio) significan lo mismo: el disenso, la impugnación, el desacuerdo¹².

2.1. De la «*Ecclesiam Suam*» a la «*Humanae Vitae*» (1964-1968)

Me parece que, en el arco que abarca los años que van desde la *Ecclesiam Suam* (6-VIII-1964) a la *Humanae Vitae* (25-VII-1968), Pablo VI se mostraba más propenso, en el fenómeno de la contestación, a distinguir y separar las «raíces positivas» de los brotes o «malas hierbas», que, consciente o irreflexivamente, siembran aquellos que «a priori» ponen sistemáticamente en cuestión el magisterio de la Iglesia.

Quiero indicar ya que esta distinción entre aspectos *positivos* y *negativos* de la contestación no es exclusiva de estos cuatro años (de 1964 a 1968) aunque sí creo que se prodiga más frecuentemente a lo largo de ellos. Aduzco como

la luz de una distinta terminología...»: Alloc. Aud. Gen. (10-IX-1969): Inseg VII (1969) 1051.

¹² Cf. V. LEVI, (Ed.), *Di fronte a la contestazione. Testi di Paolo VI*, Milano, 1970; adviértase que V. Levi deja necesariamente inconcluso el magisterio de Pablo VI sobre el tema por el año en que aparece su libro de recogida de textos; Cf. G. TROINA, *Paolo VI di fronte alla contestazione nella Chiesa*, Roma, 1971; Cf. G. CITTADINI, *L'inquietudine della Chiesa postconciliare nel pensiero di Paolo VI*, en: AA.VV., *Paolo VI e Brescia*, Brescia, 1971, 255-273; G. CAPRILE, *Valoración del fenómeno contestatario en la Iglesia (enseñanzas de Pablo VI)*: Concilium (en adelante, Conc.) 7 (1971) 266-274.

significativo el hecho de que, en julio de 1966, el papa analizaba lo que él llamaba «*dos fenómenos distintos y diferentes*» en la Iglesia: el de los católicos, «*cansados de ser católicos*», y el de los que han «*descubierto la alegría de serlo*»¹³.

Respecto al primer grupo (los católicos cansados de serlo) el papa englobaba a aquellos «*hijos de la Iglesia (...) que aprovechan este período de revisión y de reajuste en la vida práctica de la Iglesia, para discutirlo todo, para realizar una crítica sistemática y destructiva de la disciplina eclesial, para buscar al cristianismo caminos más fáciles...*»¹⁴. Y entre estos caminos fáciles, el Pontífice señalaba tres especialmente: el de «*un cristianismo desprovisto de la experiencia y desarrollo de su tradición*»; el de «*un cristianismo en conformidad con el espíritu de las opiniones ajenas y con las costumbres del mundo*»; y el de «*un cristianismo no comprometido, no dogmático, no clerical, como se dice*»¹⁵.

Me parece percibir que el papa Pablo VI englobaba aquí, más o menos, a los que desearían una Iglesia totalmente nueva, desvinculada de la *experiencia* que aporta la tradición (experiencia que en el cristianismo es irrenunciable, porque vincula con las fuentes apostólicas) y también a los que negarían el *desarrollo* de esta misma tradición, que, como ocurrió en el «caso Lefèbvre», no percibían que la tradición es algo dinámico, progresivo y no un fósil estático o muerto.

Pero hay que caer en la cuenta de que el papa apuntaba, dentro de este mismo grupo, a «*un cristianismo conformista con el espíritu de las opiniones ajenas y con las costumbres del mundo*». Por supuesto que Pablo VI era un decidido partidario del diálogo con el mundo moderno¹⁶. Pero nada tiene que

13 Alloc. Aud. Gen. (27-VII-1966): Inseg IV (1966) 823-824. El Papa llega a hablar de católicos, más aún de «*certi ecclesiastici e religiosi, che crocifiggono oggi la Chiesa*»: Alloc. Aud. Gen. (2-IV-1969): Inseg VII (1969) 904-905. La imagen de la *cizaña* la utiliza el propio pontífice: Cf. Disc. Cardenales (18-V-1970): Inseg VIII (1970) 584-585.

14 Alloc. Aud. Gen. (27-VII-1966): Inseg IV (1966) 823.

15 *Ibid.*: «Un cristianesimo svigorito dell'esperienza e dello sviluppo della sua tradizione (...) un cristianesimo non impegnativo, non dogmatico, non "clericale", come dicono».

16 En la década de los 60 (y también después) no faltaron ocasiones en las que Pablo VI demostró su voluntad de diálogo, y así lo expresó en

ver con el diálogo el hecho de querer «conformarse» siempre con el punto de vista de aquellos con quienes se dialoga, olvidando las propias convicciones o posiciones católicas. En otra ocasión, el papa se quejaba de los que estiman siempre positivo y bueno todo lo que se encuentra fuera de casa; mientras que lo de dentro acaba por desvalorizarse y menospreciarse. Más aún, Pablo VI se refería, en este primer grupo disgregador de los «*católicos cansados de ser católicos*» a aquellos que desearían un cristianismo al margen de las verdades dogmáticas de la fe o sustraído a toda obediencia jerárquica. Hay que darse cuenta de que Pablo VI pone aquí el dedo en la llaga: la mayoría de la contestación de uno y otro signo, centraba sus rebeldías en la autoridad de la Iglesia, soñando, incluso, con una imposible Iglesia espiritual o carismática, desprovista de toda organización institucional.

Pero el Beato Pablo VI se refería también, en aquel momento histórico, a un segundo grupo de católicos, amigos de la renovación espiritual y de la pertinente reforma de la Iglesia: «*los que han descubierto la alegría de ser católicos*». Y aquí el papa se mostraba esperanzado y optimista: «*El Concilio ha suscitado una generación de espíritus vigilantes que han escuchado la voz implorante de la Iglesia hacia un mayor esfuerzo apostólico; que se han apartado del gregarismo, de la pasividad, de los convencionalismos que esclavizan a tantos hombres de nuestro mundo de hoy, y que se han impuesto sacrificios (), con tal de estar dispuestos al buen obrar de la Iglesia...*»¹⁷.

Hablaba el papa gozosa y esperanzadamente del nuevo laicado que, como flores nuevas o frutos cargados de esperanza, había llenado la Iglesia de vocaciones adultas, y se refería a tantos y tantos seglares que, llenos de entusiasmo, se habían lanzado a los países de misión; no menos que aque-

su amplio magisterio con obras y palabras; en lo referente a las segundas, seleccionamos: Disc. apertura segunda sesión Vaticano II (29-IX-1963): AAS 55 (1963) 816; Disc. gruta de Belén (6-I-1964): AAS 56 (1964) 177; ES (6-VIII-1964), III, 101-110. Incluso, llegó a decir el Papa que el mejor camino para que las Iglesias se encuentren en un diálogo ecuménico es «*ir al encuentro del mundo moderno*»: Disc. al Dr. Skydsgaard (17-X-1963): Inseg I (1963) 235.

17 Alloc. Aud. Gen. (27-VII-1966): Inseg IV (1966) 823-824.

llos que, sin dejar sus puestos de trabajo, y, aunque en algún momento se mostraran críticos, habían optado por una renovación espiritual profunda y por una actividad generosa y eclesial.

Así pues, partiendo del análisis que de estos dos grupos hacía el papa y de otros textos suyos, podemos decir que Pablo VI tenía ojos para ver las espinas y las rosas de los acontecimientos. No criticaba sólo lo negativo; resaltaba, también, lo positivo en la vida de la Iglesia. Pero es que, además, sabía distinguir la *crítica positiva* de aquella otra que, por destructiva y destemplada, podríamos calificar más bien de *crítica negativa*.

Me referiré ahora brevemente a un fenómeno esperanzador y renovador para la Iglesia, como fue el de las «comunidades eclesiales» (algunas calificadas como «comunidades de base»), pero que, en realidad, eran comunidades muy diversas.

Las comunidades eclesiales

En septiembre de 1968 Pablo VI hacía un análisis lúcido y ecuánime de las *comunidades eclesiales*, uno de los focos fuertes de la contestación de esta década¹⁸. Años más tarde, en 1974, el Papa recabaría más información del Sínodo de los Obispos sobre estas comunidades, algunas de las cuales preferían llamarse *de base*, como hemos dicho. Con todos los datos, suministrados por los obispos, el Papa Montini pudo formarse una opinión, que, luego, puso de manifiesto en la *Evangelii Nuntiandi*¹⁹.

18 No todas las pequeñas comunidades o grupos, que entonces surgieron más o menos vinculados a las parroquias, sobre todo en los grandes núcleos urbanos, eran del mismo signo: las había *carismáticas*, *neocatecumenales*, *de base*, *parroquiales*. Mi trabajo de licencia –inédito– versó exactamente sobre este tema: *Las comunidades cristianas en Madrid: Estudio sobre 20 comunidades representativas*, Madrid, 1975. Intenté hacer, entonces, un estudio aproximativo de la génesis, tipificación, vida eclesial y compromisos sociopolíticos de las comunidades cristianas del momento.

19 EN (8-XII-1975), V, 58.

Ya en 1968 el Papa Pablo VI miraba con atención y confianza a estas comunidades, no exentas algunas de planteamientos radicales en las críticas que le hacían a la Iglesia jerárquica. Pero el Papa descubría en ellas «*un elemento general positivo, el de la vitalidad, vivacidad, y, en ciertos aspectos, el del Espíritu del Señor, que despierta y anima su Cuerpo Místico, lo reanima, lo espiritualiza, lo vivifica, lo santifica*»²⁰.

Es como si el Papa interpelara o respondiera a los que veían en ellas un peligro para la unidad de la Iglesia. A los que las miraban con desconfianza interpellaba el Papa: ¿Por qué ver con pesimismo este torbellino de vida, que borbotear por todos los poros del Cuerpo de Cristo? ¿A quién puede extrañar que, en un concierto de voces tan amplio y variado, haya críticas, contestación y hasta gritos destemplados?

Y añadía Pablo VI: «*Son brotes de primavera, que despuntan frescos y vigorosos en troncos viejos, donde no se pensaba que podría haber señales de vida nueva. Son energías preciosas, y tanto más dignas de que se las mire con afecto cuanto que la mayoría de las veces su fuente es ingenua y juvenil*»²¹.

A Pablo VI, consciente de las expectativas, del bullir de energías, generado en el posconcilio, no le parecía justo caer en la crítica simplista, negativa, que él mismo achacaba a algunos contestatarios. A un Papa como Montini no se le enturbiaba fácilmente la mirada con las lágrimas del desencanto eclesial. Por eso descubría en estas comunidades «*la espontaneidad de pensamiento y de acción, que ha invadido a muchos hijos de la Iglesia*»²².

Es verdad que algunos de estos grupos miraban con una cierta reserva a la autoridad jerárquica. Tenían miedo de que, al ser estas comunidades *reconocidas* por la Iglesia oficial, fueran también *invadidas* por lo que llamaban la *estructura* y, de este modo, temían perder frescura, autenticidad, para caer en la temida burocratización, defecto que con frecuencia achacaban a la Iglesia institucional. Por eso Pablo VI, aun reconociendo lo bueno y positivo de estos grupos, quería

20 Alloc. Aud. Gen. (11-IX-1968): Inseg. VI (1968) 896.

21 *Ibid.* 897.

22 *Ibid.*

infundirles confianza en la institución jerárquica. Comparaba a las comunidades de vida cristiana, que rechazaban aspectos del el magisterio eclesial, a los «arroyos que no forman un río. Son muchas veces fuerzas magníficas, que, sin querer, construyen poco y a veces estorban, y que, después de grandes fervores, normalmente se debilitan y se dispersan»²³.

Pero ya he dicho que el Papa volvió sobre el tema de las *comunidades* en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (8-XII-1975) después del Sínodo sobre la Evangelización de 1974. Su opinión no había variado substancialmente. Se alegraba de su eclesialidad, y decía que, salvo excepciones, surgen y se desarrollan dentro de la Iglesia, «*permaneciendo solidarias con su vida, alimentadas con sus enseñanzas, unidas a sus Pastores*»²⁴.

Nacían, por tanto, estas comunidades como una necesidad de vivir con más intensidad la vida de la Iglesia. La civilización urbana encierra a las personas en el anonimato y desafecto. De ahí que muchos cristianos busquen en estos grupos el sentido profundo de amistad, fraternidad, que no encuentran en las grandes reuniones litúrgicas. Con frecuencia, estas comunidades surgen de la necesidad de celebrar la fe en grupos homogéneos: edad, cultura, estado civil, situación social: «...*personas éstas que la vida misma encuentra ya unidas en la lucha por la justicia, la ayuda fraterna a los pobres, la promoción humana, etc*»²⁵. También se las veía (y se las ve todavía) aparecer ante la penuria de sacerdotes, donde no es posible la vida normal de una comunidad parroquial.

Por tanto, todos estos grupos cristianos tienen un mismo común denominador: están enmarcados, salvo excepciones, dentro de las iglesias particulares y de las parroquias. Y en la medida en que lo sigan estando, no sólo no ofrecerán un peligro para la unidad eclesial, sino que generarán savia fecunda para toda la Iglesia.

Pero, al igual que hizo en 1968, también en esta ocasión Pablo VI ponía en guardia sobre el «*espíritu de crítica amarga hacia la Iglesia, que estigmatizan como "institucional" y a*

23 Alloc. Aud. Gen. (11-IX-1968): Inseg VI (1968) 898.

24 EN (8-XII-1975) V, 58.

25 *Ibid.*

las que se oponen como comunidades carismáticas, libres de estructuras, inspiradas únicamente en el Evangelio»²⁶. Según el Papa, fácil era deducir que, si seguían en esta línea, su inspiración principal rápidamente se convertía en *ideológica*. Así, no era infrecuente que pronto optaran por una corriente determinada, por un sistema político o un partido. El riesgo, entonces, de instrumentalización era real, evidente. Algunas comunidades que aceptaban el apelativo *de base*, si persistían en esta dirección, seguirían siéndolo sólo ya en un sentido sociológico. Y si se apartaban de la Iglesia, sólo abusando del nombre podrían llamarse ya «*eclesiales*»²⁷.

Como puede constatarse, descartado este último grupo de comunidades como *eclesiales*, el Papa Pablo VI aprobaba y alentaba a todas aquellas otras comunidades *espontáneas*, no desvinculadas de la unidad de la Iglesia, que pudieran surgir en un lugar u otro²⁸.

Pero, ¿cuál sería la señal de esta no-desvinculación de la Iglesia? ¿Y cuál sería, por tanto, el sello de la autenticidad *eclesial* de estas comunidades?

Inspirándome en el pensamiento del Papa Montini, recojo sintéticamente aquellos indicios o señales, que mostrarían esta autenticidad:

- a. Serían *eclesiales* las comunidades que se alimentan básicamente de la Palabra de Dios, que, en definitiva, es la que une, y si no se dejan aprisionar por la *polarización política* o por ciertas *ideologías de moda*, que tienden a dividir, incluso con agresividad violenta.

26 *Ibid.*

27 *Ibid.* 48. El peligro de aislamiento y autocefalismo antieclesial de estos grupos lo denunciaba el Papa claramente en: Aloc. Aud. Gen. (28-XI-1973): Inseg XI (1973) 1150.

28 El apelativo de *grupos espontáneos* es utilizado, también, por el Papa con la misma idea: Aloc. Aud. Gen. (17-VII-1969): Inseg VII (1969) 1066-1067; Aloc. Aud. Gen. (2-VI-1970): Inseg VIII (1970) 606-607; Inauguración templo S. Gregorio Barbarigo (9-X-1971): Inseg IX (1971) 903; Aloc. XXI Semana nacional italiana «aggiornamento» pastoral (9-IX-1971): Inseg (IX) 762 y 765-766.

- b. Serían eclesiales, si «*evitan la tentación siempre amenazadora de la contestación sistemática y del espíritu hipercrítico*».
- c. Serían eclesiales las comunidades que permanecen *unidas a las Iglesias locales*, en las que están insertadas, y, mediante ellas, a la Iglesia universal. Así podrían evitar el peligro de enquistarse en sí mismas, creyéndose la *única auténtica Iglesia de Cristo* y excluyendo a las que no están en su misma línea.
- d. Serían eclesiales, finalmente, *si no se creen las únicas destinatarias o únicas agentes de evangelización*, puesto que la Iglesia puede encarnarse en formas distintas a las de ellas; si la responsabilidad, celo y compromiso misionero van arraigando y, poco a poco, creciendo en estos grupos cristianos.

2.2. *De la Humanae Vitae al Concilio Pastoral Holandés (1968-1970)*

En este segundo período de tiempo, que abarca como acontecimientos simbólicos, en un extremo la *Humanae Vitae* (25-VII-1968), con toda su secuela de polémicas, críticas y matizaciones, y, en el otro, –por poner otro hecho significativo– el *Concilio Pastoral Holandés* (1970)²⁹, vamos a analizar el magisterio del Papa. Parto en mi trabajo, como queda dicho, de estos y otros hechos eclesiales y sociales, que estimo suficientemente representativos de la época que nos ocupa.

A) Las críticas a la *Humanae Vitae*

La encíclica *Humanae Vitae*, una de cuyas finalidades, en la línea de la *Gaudium et Spes*, no era otra que «*defender la dignidad de la persona humana*»³⁰, sufrió duros ataques

29 El Concilio pastoral holandés había echado a andar cuatro años antes con prometedores augurios: El 12 de enero de 1970 se hizo pública la carta que Pablo VI escribió al Card. Alfrink y al episcopado holandés: Cf. Inseg. VIII (12-I-1970) 41-45..

30 Alloc. Aud. Gen. (2-VII-1969): Inseg VII (1969) 999: Cf. HV (25-VII-1968) II, 18; GS, I, n. 51; Carta autógrafa 82 «Katholikentag» (30-VIII-1968): Inseg VI (1968) 454.

desde los frentes más plurales (ataques, en los cuales no voy a entrar); solamente me propongo levantar acta de las repercusiones que la polémica tuvo en el ánimo del Beato Papa Pablo VI, tal y como especialmente se manifestó en su magisterio posterior³¹.

La verdad es que el Papa, que se sabe sufrió en silencio los golpes recibidos, fue muy parco a la hora de manifestarlos, aunque era consciente del disenso y rechazo suscitado en muchos ámbitos civiles y eclesiales³².

Recojo aquí brevemente algunos puntos doctrinales, que Pablo VI matizaba frente a los que polemizaron con la encíclica:

En primer lugar, el Papa se extrañaba de que se discutiera «*hasta dudar de su existencia y permanencia*», el sentido y alcance de la *ley natural*, y se pusiera en duda la «*racionalidad moral ontológica*». En la encíclica no se recogía con tanta claridad el *don del amor mutuo, por el que los esposos se complementan, del don más desinteresado por el que la pareja abre las puertas a una nueva vida*. Era esta una buena distinción; pero en la encíclica esta distinción no se ve tan clara. Sí lo estaba en el Vaticano II (GS, n. 50). En la «*Humanæ Vitæ*» se dice que deben ser observadas las leyes de la ley natural y que «*cualquier acto matrimonial debe quedar abierto a la transmisión de la vida*» (HV, n. 11).

Se preguntaba, también, el Papa «*si entre los motivos de las objeciones, llevadas a cabo contra la “Humanæ Vitæ”, pudiera tal vez encontrarse un secreto pensamiento: quitar una ley difícil, para hacer una vida más fácil*»³³. Esta era otra de sus preocupaciones: el *aggiornamento*, propugnado por el Concilio, no equivalía ni a *relajamiento* ni a *rebajar la dimensión de sacrificio o exigencia*, que tiene el cristianismo. Si el Vaticano II «*tiende a suavizar la injerencia de la ley exterior, se inclina también a aumentar la importancia de la ley inte-*

31 Sobre la génesis y aparición de la Encíclica «*Humanæ Vitæ*»: Cf. E. DE LA HERA, *La noche transfigurada. Biografía de Pablo VI*, BAC, Madrid, 2002, 687-694.

32 Disc. Curia romana (23-XII-1968): Inseg VI (1968) 680; Alloc. Aud. Gen. (31-VII-1968): VI (1968) 872; Alloc. Aud. Gen. (18-IX-1968): Inseg VI (1968) 910; Alloc. Aud. Gen. (9-VII-1969): Inseg VII (1969) 1003.

33 Alloc. Aud. Gen. (25-VI-1969): Inseg VII (1969) 985.

rior, la responsabilidad personal, la reflexión sobre los máximos deberes del hombre...»³⁴.

No obstante, Pablo VI, frente a las críticas a la *Humanae Vitae*, dejaba claro que la *fidelidad* no equivalía a una *adhesión pasiva*. Pero que se debía eludir toda «*crítica corrosiva*».

¿La Iglesia posee defectos, arrugas, sombras?

“Sin duda» –repetía el Papa. Y a la Iglesia no debe asustarle la crítica, cuando se lleva a cabo con respeto y amor. También se debía escuchar y aceptar la crítica constructiva en el caso de la *Humanae vitae*. Pareció, incluso, en algún momento, como si el papa Montini, hubiera querido dejar una puerta abierta a la mayor profundización y perfección de determinados pronunciamientos de la controvertida encíclica. Pero, en general, se mantuvo firme en la defensa de dicho documento.

En todo caso, en torno al acontecimiento de la encíclica *Humanae Vitae* fueron apareciendo, aquí y allá, artículos sobre el espinoso tema de la contestación; se fueron haciendo análisis de la crisis de la Iglesia, que, sin duda, impactaron mucho en el ánimo del Papa Montini, buen conocedor de muchas revistas de Iglesia, en las que todo esto se escribía³⁵.

La borrasca tardó en amainar. Y la sensación de un magisterio contestado, más aún rechazado, quedó flotando en el ambiente eclesial y social. Hasta el punto de que, a par-

34 Alloc. Aud. Gen. (9-VI-1969): Inseg VII (1969) 1003.

35 Pablo VI cita a uno de sus autores franceses más queridos: al jesuita P. De Lubac: Cf. H. DE LUBAC, *L'Eglise dans la crise actuelle*: NRT 91 (1969) 585; véase el párrafo íntegro del P. De Lubac: «En effet, lorsque la fonction critique entre seule en activité, elle en vient vite à tout pulvériser. Elle ne permet plus de voir ni les constantes de l'esprit, ni celles de la tradition doctrinale, ni la continuité et l'unicité de la vérité révélée à travers les diverses expressions culturelles qui coïncident ou se succèdent»: Cf. Alloc. Aud. Gen. (24-IX-1969): Inseg VII (1969) 1072. Por entonces aparece también el libro del P. Bouyer: Cf. L. BOUYER, *La décomposition du catholicisme*, París, 1968. Pablo VI lo cita en contexto dolorido y pensamos que no estuvo muy de acuerdo con los análisis pesimistas de Bouyer, por el que, por otra parte, tenía gran aprecio: Cf. Alloc. Aud. Gen. (4-IX-1974): Inseg XII (1974) 783; Alloc. Aud. Gen. (22-I-1969): Inseg VII (1969) 854.

tir de 1968 y a lo largo de diez años (el papa Montini murió en 1978), Pablo VI no volvió a escribir ninguna encíclica, aunque nos dejó todavía otros documentos importantes, como la Carta Apostólica «*Octogesima Adveniens*» (15 -V-1971) en el ochenta aniversario de la encíclica social de León XIII, *Rerum Novarum*; la magnífica Carta Apostólica sobre la *alegría cristiana*, «*Gaudete in Domino*» (9 -V- 1975) y la Exhortación, «*Evangelii Nuntiandi*» (8 -XII- 1975).

B) Los revolucionarios impacientes de mayo del 68

¿Se ha hecho algún estudio serio y profundo acerca de las repercusiones que en el clero, laicos e Iglesia, en general, tuvieron los significativos y ya históricos acontecimientos de mayo de 1968 en Francia?

Desconozco, al respecto, estudios monográficos y analíticos de una cierta envergadura. Pero creo que un punto obligado de referencia, para un posible estudio del tema, sería todo el movimiento «contestatario» del inmediato posconcilio. Los cristianos también se vieron arrollados por las causas y consecuencias de aquel histórico mayo francés.

Pablo VI, siempre atento a los «signos de los tiempos», que a veces se muestran en medio de turbulentos acontecimientos, intentaba discernir la voz del Espíritu, que emergía de lo más profundo de las convulsiones históricas de aquel momento que estaba viviendo el mundo occidental. El Papa Montini, suficientemente informado de los sucesos y de sus repercusiones en la Iglesia, hacía alusión, en 1969, al contagio maoísta del que ciertos sectores católicos de la universidad francesa habrían sido víctimas: «*El gregarismo ideológico y práctico ha llegado a ser contagioso. Por ejemplo, en una relación bien documentada sobre los acontecimientos del pasado mes de mayo en el ambiente universitario francés, se leía: On a signalé aussi l'imprégnation de la mentalité maoïste chez certains aumôniers d'étudiants*»³⁶.

Es verdad que el Papa nunca anatematizó o descalificó lo que de búsqueda de justicia, libertad y hasta de imaginación supuso todo aquel movimiento de estudiantes, intelectuales

36 Alloc. Párrocos Roma (17-II-1969): Inseg. VII (1969) 121.

y obreros. Tan solo alertó sobre un peligro, ciertamente real, sobre todo para los consiliarios y sacerdotes más comprometidos con la evangelización en los ambientes universitarios: el peligro de ideologización de la fe. Pero hay que decir enseguida que el Papa recogió lo más auténtico y valioso de aquellas aspiraciones juveniles y lo incorporó al ideario cristiano: «*En algunas formas y en algunos profundos motivos de la contestación actual, ¿no se esconde, tal vez, un rechazo del hedonismo convencional, de la mediocridad burguesa, del conformismo fácil, que se encoge ante un estilo de vida más sencillo y austero, más personal en la propia conducta?*»³⁷.

En la conciencia joven del Papa Montini resonaban todavía, como provenientes de su época de consiliario de la FUCI, los ecos de «*ciertas sanas pretensiones de los jóvenes*»: la sinceridad en la palabra, en la vida, la pobreza libremente asumida, la liberación del dios Mammón, el deseo ardiente de imitar a Cristo. Permítasenos aportar este detalle como exponente del estilo del gobierno eclesialístico de Pablo VI, ya elogiado en otros capítulos: el llamado «estilo pastoral». Él mismo se define como un pastor abierto a la comprensión, aunque exigente en la lealtad.

Atento siempre a la *unidad interior* de la Iglesia, y, teniendo delante no sólo los acontecimientos antes señalados, sino todas las convulsiones sociales de las que los sucesos del mayo francés fueron solo un exponente, Pablo VI –asediado por la contestación– aludía a aquellos que, más que una *reforma*, propugnaban una *revolución* en la Iglesia³⁸. Y así traduce el Papa la «*contestación*» en términos de «*impaciencia*», que cristaliza, a veces, en «*intolerancia*». Sobre todo, cuando personas y grupos piensan que hay que acelerar las reformas de manera expeditiva, realizando cortes o rupturas con el pasado. Olvidan que se debe ser coherente con la historia pretérita.

37 Aloc. Aud. Gen. (25-II-1970): Inseg VIII (1970) 151; Cf. Disc. FAO (16-XI-1970): Inseg VIII (1970) 1153; Aloc. encuentro jóvenes filipinos (28-XI-1970): Inseg VIII (1970) 1206; Hom. jóvenes australianos (2-XII-1970): Inseg VIII (1970) 1328-1329.

38 Aloc. Aud. Gen. (29-I-1969): Inseg VII (1969) 860-861.

Por este camino se cometen *imprudencias*, y con frecuencia se cae en *superficialidades*. Se cultiva el prurito de la «*novedad por la novedad*». La contestación, entonces, se convierte en el «*mimetismo de moda*». Se practica arbitrariamente la «*desobediencia*». Es por lo que Pablo VI llegaba a quejarse amargamente: «*Bajo ciertos aspectos la Iglesia, después del Concilio, no se encuentra en condiciones mejores que antes*»³⁹.

Pero no se quedaba el Papa Montini en un análisis de corto alcance. Solía ir al fondo de los hechos y de sus manifestaciones. Él era un hombre de pensamiento, que interrogaba (y se interrogaba a sí mismo), que aportaba soluciones y abría caminos evangélicos, para afrontar el fenómeno de la contestación. Y como antídoto contra la «*impaciencia de los revolucionarios*», Pablo VI aducía lo que él llamaba la «*economía cronológica del Evangelio*»⁴⁰.

Efectivamente, la pedagogía del Evangelio no es una pedagogía fulgurante, como la del «fuego del cielo» (Cf Lc 9, 54) que lo arrasa todo, aniquilando resistencias y lentitudes en las reformas. La pedagogía del Evangelio utiliza el reloj de la paciencia: con paciencia «*crece y produce fruto la semilla*» (Cf Lc 8, 15; Mc 4, 27-28; Mt 13, 29).

La economía del Evangelio respeta el desarrollo gradual de las personas; los altibajos de una evolución frecuentemente lenta, como es la del espíritu; respeta la libertad de aquellos que no han visto o descubierto que se deba ir más deprisa.

La economía del Evangelio no utiliza métodos radicales o impositivos en las reformas: emplea más bien métodos caritativos, de respeto, generadores de confianza, métodos prudentes, orientados a combinar sabiamente la acción de Dios con el esfuerzo humano.

Claro está que no hay que confundir respeto y paciencia con la inercia, comodidad o calculada lentitud en las urgentes y necesarias reformas de la Iglesia. Pero un buen padre siempre debe estar al lado de sus hijos cuando aparece la «*crisis*»

39 *Ibid.*

40 Alloc. Aud. Gen. (29-I-1969): Inseg VII (1969) 861.

de crecimiento» y «una rectitud intencional de fondo» en todas estas manifestaciones aparentemente *revolucionarias*.

Sin embargo, Pablo VI decía que, sin desconfiar de los que ejercen la crítica eclesial, su mayor confianza la tenía depositada en la misma Iglesia: en el episcopado, en el clero, en los religiosos, en los laicos. Él creía que todavía son muchos los que oran, trabajan y sufren, sin levantar la voz, por la causa del Reino de Cristo⁴¹.

Por tanto, el Papa no descartaba nunca la «*crisis de crecimiento*» y «una *rectitud intencional de fondo*» en todas estas manifestaciones aparentemente *revolucionarias*⁴². Sin embargo, Pablo VI decía que, sin desconfiar de los que ejercen la crítica eclesial, su mayor confianza la tenía depositada en la misma Iglesia: en el episcopado, en el clero, en los religiosos, en los laicos. Él creía que todavía eran muchos los que oraban, trabajaban y sufrían, sin levantar la voz, por la causa del Reino de Cristo⁴³.

Una preocupación latía en el corazón de Pablo VI: ¿En la raíz de la contestación no habría una «*crisis de fe*»? ¿Tal vez, una «*crisis de confianza en la Iglesia misma*»? ¿O, por mejor decir, una «*crisis de desconfianza*?»⁴⁴.

Sin embargo, nunca deberíamos dejarnos ofuscar por la «*espuma de la noticia*», por el sensacionalismo de la prensa⁴⁵ o por las formas imprevistas, caprichosas y hasta chocantes. Es preferible rezar y esperar, ser comprensivos y también dejarse sorprender por ese pozo sin fondo que es el misterio humano.

Incluso en ese afán de valorar lo positivo, viniera de donde viniera, aunque se presentara bajo las formas más extrañas, Pablo VI «rompía una lanza» en favor del movimiento de la *vuelta a Jesús*, que protagonizaron, a finales de

41 Aloc. Cardenales (23-VI-1969): Inseg VII (1969) 450.

42 *Ibid.* 861-862; Cf. también, Aloc. Cardenales (23-VI-1969): Inseg VII (1969) 450; Hom viaje Fátima (13-V-1967): AAS 59 (1967) 595.

43 Aloc. Cardenales (23-VI-1969): Inseg VII (1969) 450.

44 Aloc. Aud. Gen. (10-IX-1969): Inseg VII (1969) 1051-1052.

45 Aloc. Aud. Gen. (18-IX-1968): Inseg VI (1968) 910; Disc. miembros y consultores Comisión Medios de Comunicación Social (15-III-1971): Inseg IX (1971) 184; Aloc. Aud. Gen. (7-VI-1972): Inseg X (1972) 613.

los sesenta y comienzos de los setenta, entre otros, los llamados *hippies*. Decía el Papa: «(...) *Por qué no recordar a esos jóvenes "hippies", que hemos visto fotografiados con inscripciones de mayúscula evidencia sobre sus rudimentarios vestidos: I love Jesus, yo amo a Jesús. ¿Esnobismo?, ¿"dilettantismo"?* ¡Quién sabe! Esperemos que no»⁴⁶.

Adviértase que la pedagogía de Pablo VI le llevaba a descubrir en este hecho una búsqueda joven de Jesucristo. Se preguntaba el Papa si, al fin y al cabo, no fueron los jóvenes los primeros en reconocer al Mesías-Jesús el día de su entrada triunfante en Jerusalén.

Si aducimos aquí estos detalles pastorales, típicos de la psicología de un hombre como Montini, es para dejar claro que con un pastor de este talante, preocupado por integrar aun las manifestaciones cristianas que pudieran parecer más ambiguas, es muy difícil que se resquebraje la unidad de la Iglesia.

El Papa, pues, no quería caer en descalificaciones fáciles o en condenas simplistas, que históricamente hubieran sido nefastas, y habrían contribuido a dividir ánimos, más que a aglutinar esfuerzos.

En todo fenómeno de purificación eclesial, no se debe perder de vista *el misterio de la cruz*. La Esposa, que es la Iglesia, sigue con la cruz las huellas del Esposo, Cristo mismo. El Cuerpo no puede separarse de su Cabeza. La dialéctica de la cruz es connatural a una Iglesia, que es «*complexio oppositorum*», y, consecuentemente, tensión y equilibrio entre los extremos⁴⁷. Conjunción de paradojas. Ni siquiera el Concilio, con su mensaje optimista, liberado del rigorismo medieval, «*olvidó que la cruz ocupa el centro del cristianismo*»⁴⁸ (Cf 1^a Co 1, 17).

Así pues, la llamada por el mismo Papa «*impaciencia revolucionaria*», se presentaba como uno de los garfios que

46 Alloc. Aud. Gen. (12-I-1972): Inseg X (1972) 42.

47 Cf. A. ANTON, *Eclesiología posconciliar*, en: R. LATOURELLE, (Ed.) *Vaticano II*, 284.

48 Alloc. Aud. Gen. (12-IV-1969): Inseg IV (1969) 903; Cf. LG I, 7, 8; II, 11, IV, 34; V, 39.

pugnaban por despedazar el Cuerpo de Cristo. Pero –según el sentir de Pablo VI– la Iglesia almacena, también, reservas de buena voluntad y cantidades ingentes de amor, que la hacían permanecer en una básica y esencial comunión.

C) El Concilio Pastoral Holandés

No es mi propósito aquí entrar a analizar las vicisitudes del *Pastoraal Concilie* holandés, que, con laudables propósitos iniciales (aplicar en las distintas diócesis la doctrina del Vaticano II) comenzó su andadura en noviembre de 1966. Fue entonces cuando los representantes de los católicos holandeses, invitados por sus obispos y bajo su misma dirección, se reunieron para profundizar en el estudio de las deliberaciones conciliares.

El propósito no podía ser más loable: «*encontrar los caminos más apropiados, para aplicar (las deliberaciones conciliares) a su vida espiritual y religiosa y a la vida de apostolado, con el fin de hacerlas más vivas y más fecundas*»⁴⁹. Pero lo que parecía ir por rutas «normales», con el paso del tiempo, se fue escorando hacia posiciones que comenzaron a preocupar a ciertos sectores de Iglesia y a la Santa Sede.

Pablo VI, debidamente informado, escribió al Cardenal Alfrink y al Episcopado holandés una carta, fechada en diciembre de 1969 y hecha pública el 12 de enero de 1970, después de la quinta sesión plenaria del Concilio. Mostraba su preocupación por *dos proyectos, admitidos como base de discusión* de cara a dicha sesión⁵⁰.

Respecto al primero de los proyectos (sobre el «oficio ministerial de los presbíteros»), Pablo VI ponía estas objeciones: el fin y las tareas de la Iglesia eran presentados como si la misión de ésta fuera puramente terrestre; el ministerio sacerdotal era considerado como un cargo que confiere la comunidad cristiana; se proponía, además –¿de forma imperativa?– la separación entre sacerdocio y celibato; se criticaba la tesis de que sólo el varón podía ser sacerdote; se

49 Carta a los Obispos de Holanda (24-XII-1969): AAS 62 (1970) 66.

50 *Ibid.* 66-69.

hablaba del Papa sólo para minimizar su oficio y los poderes que le fueron conferidos por el mismo Cristo.

En el segundo proyecto (concerniente a los religiosos) el Papa observaba «*ciertas ambigüedades y deficiencias doctrinales, que encierran el peligro de conducir, en la aplicación práctica, a consecuencias deplorables*»⁵¹.

Pablo VI, con una enorme comprensión y capacidad de escucha, sin imposiciones ácidas, se dirigía a la jerarquía⁵², que –según decía– no creaba estas dificultades, sino que se las encontraba en el camino, y les preguntaba: «¿*Qué pensáis que podemos hacer, para reforzar vuestra autoridad, y así mejor superar las dificultades presentes de la Iglesia holandesa?*»⁵³.

Ante las corrientes de pensamiento arriba enunciadas, el Papa hacía dos sugerencias: Que la atención de los obispos se dirigiera a «*su deber de transmitir en toda su integridad el contenido de la Revelación del que la Iglesia es depositaria*». Y, en segundo lugar, inspirándose en las enseñanzas del Concilio, que inculcaran en todos respeto y estima por la ley del celibato, con una enseñanza clara y firme de la práctica generosa de la castidad perfecta como algo posible y alegre.

¿Temía el Papa una escisión en la Iglesia holandesa? Me inclino a pensar que no; pero, sin duda, de lo que sí estaba preocupado era del desconcierto que estas posturas suscitaba en ciertos sectores del Pueblo de Dios. En este contexto redactó su carta al Secretario de Estado sobre el celibato eclesiástico⁵⁴.

51 *Ibid.* 67-68.

52 Sobre el papel del Card. B. Alfrink en el Concilio pastoral holandés, con algunas notas acerca de cómo se gestó este Concilio: Cf. E. SCHILLEBEECKX, *Bernard J. Alfrink* (introducción al libro) en: B. ALFRINK, *Amar a la Iglesia*, 26-30. El Papa tenía en alta estima al Card. Alfrink: Carta en el 50 aniversario de su sacerdocio (1-VIII-1974): Inseg XII (1974) 730-732.

53 Carta a los Obispos de Holanda (34-XII-1969): AAS 62 (1970) 68: El Papa había elogiado al catolicismo holandés: Alloc. Pontificio Colegio holandés (14-XI-1963): Inseg I (1963) 319-320.

54 Carta al Secretario de Estado (2-II-1970): AAS 62 (1970) 98-103. Ya el Card. Alfrink había pronunciado un famoso discurso (9-I-1969) frente a los estudiantes católicos de Utrecht, ante el hecho de que un capellán de estudiantes había manifestado públicamente su intención de casarse: Cf. B. ALFRINK, *Amar a la Iglesia*, 226-235.

Con una gran humildad y sinceridad interior, comenzaba el Papa preguntándose «*si no habrá habido de parte nuestra alguna responsabilidad por lo que respecta a tan infelices resoluciones, tan disconformes con nuestra postura y, así lo creemos, con la del conjunto de la Iglesia*»⁵⁵.

Al plantear el tema del celibato, y en la línea de su anterior encíclica *Sacerdotalis Celibatus* (24-VI-1967), Pablo VI recordaba que no hay otro horizonte, que deba tenerse presente, a no ser el de la misión evangélica. El Papa creía que la vinculación entre sacerdocio y celibato en la Iglesia latina seguía siendo un bien sumamente precioso e insustituible. Pero no quería poner obstáculos a aquellos sacerdotes, que, por razones reconocidas y válidas, se sintieran empujados a unirse en matrimonio. Le guiaba un espíritu de «*profunda comprensión... y de paternal caridad*»⁵⁶.

Reafirmaba, pues, la ley del celibato y decía que la Iglesia continuaría confiando el ministerio de la Palabra, de la fe y de los Sacramentos sólo a aquellos sacerdotes, que permanecieran fieles a sus obligaciones.

2.3. *Los excesos de los «inmovilistas» y de los «innovadores radicales» (1970-1978)*

La década de los setenta, según creo, estuvo caracterizada por lo que llamamos los excesos de los *inmovilistas* y los de los *innovadores radicales*.

No pretendo hacer aquí un análisis exhaustivo de tipo histórico-teológico de todos estos excesos. Ni quiero decir que en la década anterior –según quedó ya expuesto– no se dieran también. Tan solo pretendo señalar que parece que en esta década se agudizaron. Al menos –según mi apreciación– hicieron que el Papa Montini viviera «crucificado», si se me permite la expresión, entre las críticas y tensiones, que, a babor y estribor, pugnaban por romper o, al menos resquebrajar la unidad de la Barca de Pedro.

55 Carta al Secretario de Estado: *Ibid.* 99.

56 *Ibid.* 101.

En el centro estaba el Concilio Vaticano II: la brújula que orientó siempre al Papa. Como buen navegante él se atenía siempre a esta brújula. Pero las embestidas de los que rechazaban el Concilio Vaticano II y de los que parece que querían ir más lejos, obligaron a Pablo VI a mantener un equilibrio difícil, que a veces se manifestaba en los surcos profundos de su rostro preocupado, envejecido, y en ciertos titubeos comprensiblemente humanos⁵⁷.

Al comienzo de la década de los setenta, en plena efervescencia contestataria, el Papa Montini centraba los que él llamaba «*brotos cismáticos*» en dos círculos opuestos:

Por un lado, estaban los que el Papa llamaba «*defensores del inmovilismo formal de la costumbre eclesial*»⁵⁸, refutadores del Concilio en cuanto lo veían como «reformista». Y, por el otro, los que apoyándose en el mismo Concilio caían en «*una desvalorización, un distanciamiento, una intolerancia respecto a la tradición de la Iglesia*»⁵⁹. Como puede verse, en el centro de los extremos, siempre el Concilio: contestado por unos y manipulado por otros.

Primero: Los defensores del «inmovilismo formal»

Al decir de Pablo VI, este grupo desviacionista confundía «*costumbres*», que con el paso de los años pueden y deben, en ciertos aspectos, modificarse, con la Tradición sana y santa de la Iglesia, la que nos vincula en y a las fuentes de la fe⁶⁰.

57 Estas preocupaciones se traslucen en algunas de sus alocuciones e intervenciones públicas: Disc. Cardenales (21-VI-1976): AAS 68 (1976) 460-462; Disc. Cardenales (23-VI-1972): AAS 64 (1972) 497-499.

58 Adviértase que el Papa no habla de *defensores de la tradición* ni de siquiera de *tradicionalistas*, término que podría prestarse a equívocos; habla de *inmovilistas formales*, defensores de la *costumbre eclesial*: Aloc. Aud. Gen. (7-I-1970): Inseg VIII (1970) 27-28.

59 El Papa prefiere describir más que denominar con un solo voca- blo a los que nosotros llamamos con el inadecuado nombre de *progresis- tas*: Cf. *Ibid.*

60 *Ibid.* 27-28: «Otra desviación vendría dada por el hecho de confundir la costumbre con la tradición (...) La tradición, esto es la 'cos- tumbre', dicen, debe prevalecer. Aunque estos *defensores del inmovilismo formal de la costumbre eclesial*, tal vez por exceso de amor, terminan por expresar este amor en polémicas con los amigos de casa, como si estos, más que otros, fueran infieles y peligrosos» (las cursivas son mías).

El Concilio, para estos cruzados del inmovilismo, sería un acontecimiento pasado, una pesadilla. Las «novedades» del Concilio habrían llegado a ser un auténtico riesgo, que los enemigos de la Iglesia estarían aprovechando, para minarla de raíz⁶¹. Pero la «tradicición» (entiéndase «costumbres») debe prevalecer siempre. Pablo VI, sin embargo, deseaba comprender ciertas dimensiones de su postura: «*Se sienten sacudidos por el criticismo, que en estos años ha emergido a la superficie, por el carácter arriesgado de ciertas iniciativas que ignoran la tradición, por el abandono de manifestaciones exteriores y formas de piedad a las cuales estaban pegados*»⁶².

Para ellos el edificio eclesial, antes coherente y organizado, les parecía ahora *amenazado en su unidad*. Diríase que se sentían inclinados a replegarse sobre sí mismos. Pablo VI decía que se inhibían; que rehusaban la parte que les correspondía en la vida, en las tareas de la Iglesia. Los enemigos, según ellos, ya no sólo estarían fuera de la Iglesia; dentro estarían los más peligrosos⁶³.

El «*caso Lefèbvre*» sería un caso muy particular y representativo en el terreno de los *excesos del inmovilismo* que

61 Basta con leer la carta que Mons. Lefèbvre, después de la primera sesión del Vaticano II, envía «à tous les membres de la Congregation du Saint-Esprit»: rezuma prevención, sospecha respecto a la reforma litúrgica, aunque ciertamente todavía no se muestra tan radical como ocurriría más tarde: «Decimos sin vacilación que cierta reforma litúrgica era necesaria y que es ausplicable que el Concilio prosiga por este camino...»: Cf. M. LEFEBVRE, *Un évêque parle. Ecrits et allocutions (1963-1973)*, Jarzé, 1974, 20. Sin embargo, coloca muchos «peros» a la teología que subyace en la *Sacrosanctum Concilium*: Cf. *Ibid.* 15-25. Se muestra preocupado por el enfoque ecuménico de algunos temas conciliares: Colegialidad, Revelación, Ecumenismo: *Ibid.* 25-26. Igualmente echa de menos la contundencia dogmática del Concilio, sacrificada al talante pastoral: *Ibid.* 27. Mucho más «puntilloso» y radical se muestra con los resultados de la segunda sesión: *Ibid.* 32-44. Pero sobre Mons. Lefèbvre hablaremos más adelante.

62 Alloc. Sacro Colegio (23-VI 1972): AAS 64 (1972) 498.

63 Mons. Lefèbvre no excluye una acción directa de Satanás en todo este proceso de demolición de la Iglesia: «Le coup magistral de Satan est d'être arrivé à jeter dans la désobéissance à toute la Tradition par obéissance»: Cf. M. LEFEBVRE, *Un évêque parle*, 4. Con esta cita comienza su libro: cita, que resume bastante bien la protesta del obispo disidente.

Pablo VI tuvo que atajar en nombre del Concilio Vaticano II. No entraré específicamente en el «*caso Lefèbvre*»; pero conocer este caso a fondo contribuiría a exonerar al Papa Montini de lo que algunos llamaron «*condena salvaje*» a este obispo rebelde⁶⁴.

Segundo: Los innovadores radicales

En el extremo opuesto a los anteriores habría que situar a los que por nuestra cuenta llamamos así: *innovadores radicales*. Pablo VI los describía certeramente: Eran los que opinaban que «*el Concilio ha abierto una era totalmente nueva, hasta el punto de autorizar una desvalorización, una separación, una intolerancia respecto a la tradición de la Iglesia...*»⁶⁵.

Esta actitud radical conlleva un agudizamiento del espíritu crítico. El «sistema» eclesiástico de ayer salía así mal parado. Sin una visión del sentido histórico de la Iglesia, los *innovadores radicales*, haciendo tabla rasa del pasado, acudían servilmente a beber a fuentes extraeclesiales. Algo así como si los manantiales de casa fueran menos de fiar. Para este grupo, la crisis de confianza les venía por «*el convencimiento de que, según ellos, a la Iglesia le aprisionan instituciones trasnochadas*»⁶⁶.

Ellos pensaban (y piensan también hoy) que, en la sociedad secularizada, en que vivimos, la Iglesia debería abandonar la mayor parte de las formas que la caracterizan; renunciar a las certezas adquiridas, para ponerse sólo a la escucha del mundo. Es así como se alejan de la Iglesia visible, institucional y oficial. Es así como se muestran fríos, críticos, distantes frente a ella. Por caminos distintos a los de los anteriormente descritos, llegan a un mismo distanciamiento y enfrentamiento con el magisterio de la Iglesia⁶⁷.

64 Para más información: Cf. E. DE LA HERA, *Pablo VI, timonel de la unidad*, o. c., 302-311; ver también E. DE LA HERA, *La noche transfigurada. Biografía de Pablo VI*, BAC, Madrid, 2014, 779-790.

65 Alloc. Aud. Gen. (7-I-1970-): Inseg VIII (1970) 27: » (...) Il Concilio ha aperto un'era talmente nuova da autorizzare una svalutazione, un distacco, un'intolleranza verso la tradizione della Chiesa».

66 Alloc. Cardenales (23-VI-1972): AAS 64 (1972) 498.

67 En 1976, con motivo del discurso dirigido al Consistorio de Cardenales (24-V-1976), Pablo VI especificaba con claridad las desviaciones de

Pablo VI pensaba que, si este proceso no se detenía pronto, estos grupos podrían, incluso llegar a una ruptura o a lanzarse a la aventura de querer constituir una Iglesia nueva: «una Iglesia inventada, se dice, para los tiempos nuevos, donde sea abolido todo vínculo de obediencia molesta, todo límite a la libertad personal, toda forma de comprometida sacralidad»⁶⁸.

Quiero hacer notar que Pablo VI frente a este segundo grupo también empleaba la caridad de juicio: él esperaba que esta misma radicalidad de planteamientos pusiera en evidencia el error de los así pensaban. En el fondo, lo que ellos buscaban era llevar el *aggiornamento* del Concilio todo lo más lejos que ellos pudieran. Aunque este *aggiornamento* fuera por caminos distintos a los que ellos soñaban.

¿Por dónde veía el Papa un peligro de ruptura con la tradición eclesial en este segundo grupo, que estamos describiendo?

Estos serían los resquicios por los que podrían alejarse de la Iglesia del Concilio, que ellos defendían apasionadamente:

De una parte, por una abusiva y falsa interpretación del propio Concilio. O sea, por una ruptura con la tradición, incluso doctrinal. Por la arbitrariedad de concebir una Iglesia «nueva», «como “reinventada” desde el interior, en su constitución, en el dogma, en las costumbres, en el derecho»⁶⁹. Por su defensa de la violencia como medio para conseguir la transformación de la sociedad. Por la seducción de un socialismo, que algunos entendía utópicamente como *renovación social o socialización renovadora*, a lo que en esto nada habría que objetar, pero, luego, se equivocaban en el empleo de ideas, de sentimientos no cristianos, incluso anticristianos, como la lucha de clases, el odio, la subversión, la violencia, la psicología materialista...

Y por otra parte, podrían alejarse, también, de esta Iglesia por la oposición sistemática al magisterio eclesiástico, manipulando el término «pluralismo», entendido como libre

este segundo grupo, y las colocaba al lado de las del grupo primero: Disc. Cardenales (25-V-1976): AAS 68 (1976) 375-376.

68 Alloc. Aud. Gen.(7-I-1970-): Inseg VIII (1970) 27.

69 Alloc. Sacro Colegio (23-VI-1972): AAS 64 (1972) 498.

interpretación de las enseñanzas o como coexistencia pacífica de concepciones opuestas». O por jugar con el término «subsidiaridad», *entendido como autonomía*, o desviando el significado de «*Iglesia local*», *concebida como independiente, libre, autosuficiente*», pasando por alto la doctrina establecida por las definiciones pontificias y conciliares⁷⁰.

3. LA UNIDAD DE LOS CATÓLICOS

El Beato Pablo VI vivió como una pesadilla la unidad hacia el interior de la Iglesia. Él veía con hondo sufrimiento cómo se desencuadraba ese gran libro viviente que es la Iglesia católica. Así lo percibía y así lo expresaba Montini, a pesar de que era partidario de un amplio pluralismo. Pero la autoridad del Concilio y del Papa había sido puesta en cuarentena por grupos minoritarios, como los capitaneados por el Obispo Lefèbvre, alentados por algunos teólogos.

Pablo VI pensaba que si se debe poner gran empeño en recomponer la unidad de los cristianos de las distintas confesiones, mucho más todavía en fortalecer y consolidar la unidad de los católicos, siempre amenazada. Porque, ¿cómo dar a los otros un testimonio de unidad o cómo brindarles este don, si dentro de la propia Iglesia no se es capaz de vivir la unidad esencial querida por Cristo?⁷¹

De la unidad interna de la Iglesia -como ocurre en cualquier familia bien avenida- brota un resplandor bello, que atrae las miradas de las gentes. **S. Agustín** opinaba que el secreto de la belleza está en la unidad⁷². Y Pablo VI estaba convencido de que las divisiones, disputas, separatismos, egoísmos dentro de la comunión católica hieren la causa del ecumenismo. Las escisiones internas restan autoridad

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ Alloc. Aud. Gen. (31-III-1965): Inseg III (1965) 893; Hom. viaje Fátima (13-V-1967): AAS 59 (1967) 595; Mens. de Belén (6-I-1964): AAS 56 (1964) 175.

⁷² Alloc. Aud. Gen. (31-III-1965): Inseg III (1965) 894; Cf. S. AGUSTÍN, *Ep.* 18: PL 33, 85: «Omnis (...) pulchritudinis forma unitas est»; Cf. Hom. S. Clemente de Roma (17-XI-1963): AAS 55 (1963) 1039.

a la propia Iglesia católica, que de este modo interrumpe y retrasa el camino del reencuentro⁷³.

Pero no sólo la división interna de los católicos significa y genera contratestimonio ante sus hermanos cristianos de otras confesiones; también ante el mundo, ante la gran masa no cristiana, se oscurece el mensaje universal de amor y concordia: «*La Iglesia debe encontrar su identidad en la unidad (...) De la unidad interna debe brotar una general voluntad de unión con todos (...), "para que el mundo crea que Tú me has enviado (Jn 17, 21)"*»⁷⁴.

La unidad es la prueba de credibilidad que los católicos –y cristianos, en general– tienen de su autenticidad como Iglesia. Se preguntaba el Papa Montini: «*¿Cómo pretender que aquellos a los que se dirige nuestra predicación no se muestren perturbados, desorientados, si no escandalizados?*»⁷⁵. O lo que es lo mismo: ¿Sobre qué pilares hay que levantar la unidad interior de la Iglesia, para que se convierta en un edificio sólido y convincente?

Como todas las obras duraderas, se debe edificar sobre roca, no sobre arena (Cf Mt 7, 24). Pablo VI repetía en este punto lo que el Vaticano II había enseñado, con algunos toques personales, que vamos a ver:

En primer lugar, se necesita proclamar unívocamente la misma fe: una fe íntegramente confesada, sinceramente vivida y gozosamente celebrada (Cf Ef 4, 5); más aún, estudiada y profundizada en común; una fe no reinventada, la fe de siempre, tal y como la propone el Magisterio de la Iglesia⁷⁶.

En segundo lugar, es necesario un sentido de la caridad con todas sus derivaciones: comprensión, respeto, solidaridad real. Caridad no equivale a ambigüedad en la fe: «*La Iglesia necesita (...) restaurar la armónica trabazón de la caridad, sin*

73 Aloc. Aud. Gen. (21-I-1970): Inseg VIII (1970) 62.

74 Aloc. Cardenales (22-VI-1964): AAS 66 (1974) 397 y 403.

75 EN (8-XII-1975) VII, 77: AAS 68 (1976) 69; Cf, también, Mens. gruta de Belén (6-I-1964): AAS 56 (1964) 174-175; Aloc «Angelus» (30-I-1972): Inseg X (1972) 96-97.

76 Aloc. Aud. Gen. (31-III-1965): Inseg III (1965) 982-984; Aloc. provinciales Compañía de Jesús (21-IV-1969) AAS 61 (1969) 318; Mens. Congreso Católicos Alemanes (1-IX-1970): AAS 62 (1970) 634.

que la integridad de la fe se vea mermada por ambigüedades.»⁷⁷. Esta caridad encuentra su máxima expresión en la Eucaristía.

En tercer lugar, se precisa un respeto y aprecio por la Tradición –con mayúscula– y la más pequeña tradición, la que mira al patrimonio común de los hijos de la Iglesia, doctrina, costumbres, liturgia, devociones, etc.

En cuarto lugar, hablaba el Papa de una obediencia no pasiva y meramente externa a las enseñanzas y orientaciones de la Iglesia, sino una obediencia interna y espontánea. No deberíamos olvidar que Cristo salva a la humanidad por medio de su obediencia y entrega al al Padre⁷⁸. La obediencia nos asimila a Cristo, *divino obediente*, y así es como se «*llega a ser coeficiente indispensable de la unidad de la Iglesia*»⁷⁹.

Todo ello puede resumirse en un *sentido de Iglesia*. Sentido y sensibilidad. Si se posee este sentido, el diálogo prevalece sobre la confrontación ácida y se salva o rescata la unidad, cuando está en peligro. Para lo cual es necesario poseer el mismo *Espíritu de Cristo*⁸⁰.

Y, sin más, paso a lo que me parece que es la solución aportada por el Papa Montini, tanto al problema interior de la contestación –alérgica siempre al centralismo jerárquico– como al problema, más amplio, de la unidad *ad intra* de los católicos.

3.1. *La caridad, en el respeto al pluralismo*

Pablo VI profundizó como nadie en el tema de la caridad en la vida de la Iglesia. Él la veía como pilar básico de la unidad, siempre y cuando se respetara la diversidad eclesial. Traicionaría las enseñanzas del Papa Montini quien dejara «en el aire» este punto, que para él fue esencial.

77 Alloc. provinciales Compañía de Jesús (21-IV-1969): AAS 61 (1969) 318.

78 Cf. LG, I, 3: AAS 57 (1965) 6; Alloc. Aud. Gen. (31-III-1965): Inseg III (196) 865.

79 *Ibid.*; Alloc. provinciales Compañía de Jesús (21-IV-1969): AAS 61 (1969) 318; *ES* (8-XII-1975) III, 118: AAS 56 (1964) 658.

80 LG II, 14: AAS 57 (1965) 18-19; Alloc. Aud. Gen. (28-XI-1973): Inseg XI (1973) 1150.

Comienzo –así lo hace Pablo VI– por reconocer y estudiar la necesidad de aceptar generosamente la diversidad dentro de la propia Iglesia católica romana. Pero esta diversidad se podría extender igualmente a la relación con las otras Iglesias y comunidades cristianas no en perfecta comunión..

Habría que referirse primeramente al *pluralismo* o, mejor, a la *diversidad*; y, después, a la *caridad*, que engloba y fundamenta esta misma diversidad.

A) Ámbitos y límites del pluralismo

Del *pluralismo* se habla en la vida política, cultural y social. También, puede referirse a la Iglesia. Aunque, en la actualidad, se prefiera el término «diversidad» para no confundirnos con las instancias civiles.

Pablo VI decía que, aunque no fueron los padres conciliares quienes acuñaron esta expresión, el Concilio la incorporó a algunos de sus documentos⁸¹.

Las manifestaciones de lo «diverso» aparecen en todos los lugares y ámbitos, empezando por la «*inagotable variedad del cosmos*». Unos mismos derechos asisten a todos los hombres y mujeres de este mundo, incluido el de ser distintos y plurales⁸². Se debe reconocer que hoy en el mundo el pluralismo es un hecho y un clamor. Y debe serlo en la Iglesia.

Pero, ¿cuáles son las razones más hondas, que justifiquen y aconsejan este pluralismo o diversidad, que la Iglesia quiere reconocer y aceptar plena y gozosamente?

En primer lugar, hay que decir que el mundo es complejo y muestra una multiplicidad de aspectos, rostros y caracteres diversos. Todo lo cual «*exige un pluralismo de con-*

81 Cf. Alloc. Aud. Gen (14-V-1969): Inseg VII (1969) 955; Cf. GS, IV, 76: AAS 58 (1966) 1099; Cf. A. ANTON, *Unità e diversità nella Chiesa secondo il Vaticano II*: CivCat vol. 120, t. 4 (1969) 23-35; Cf. L. SARTORI, *Fede, obediencia e pluralismo nel Vaticano II*: Human 24 (1969) 95-116; recoge bien el pensamiento del Concilio y de Pablo VI el Card. Tarancón, en: V. ENRIQUE TARANCON, *Unidad y pluralismo en la Iglesia*, Salamanca, 1970.

82 Alloc. Aud. Gen. (14-V-1969): Inseg VII (1969) 955-956.

ceptos, valoraciones y comportamientos»⁸³. De aquí se deriva el pluralismo científico, político, lingüístico, organizativo, etc.

En segundo lugar, se fijaba el Papa Pablo VI en la vida espiritual humana, que se desenvuelve en medio de un entramado complejo y delicado de realidades, verdades, deberes, sentimientos, resortes psicológicos. Hasta el punto de que «*la civilización se mide por la capacidad pluralista del hombre... Todo es complejo, todo es profundo*»⁸⁴. Y variado, como el arco iris. Un observador atento podría descubrir las huellas de un algo indefinido, reflejo del Infinito o de la Realidad última de la que todo procede. El hombre que observa, piensa o contempla (y ora), se siente abrumado por la multitud, la grandeza y la profundidad de las cosas. En el fondo, admira el misterio que reside en las mismas. De donde se deduce que «*el pluralismo está primero en las cosas; y, después, en los conceptos y en las palabras*»⁸⁵.

En tercer lugar, metidos ya en el campo eclesial, nos encontramos también con una realidad rica, diversa, compleja, que viene expresada en múltiples y variados elementos doctrinales, jerárquicos, rituales, morales, que reclaman formas y palabras plurales. Y todo ello, por respeto mismo a los distintos grupos, integrados por personas con diversas culturas y sensibilidades⁸⁶.

Reconocida toda la rica y variada gama de formas y colores que en la Iglesia y en el mundo hay, el Pontífice no podía dejar de reconocer, también, que «*todo nos está hablando de un principio de unidad, no menos evidente. El mismo ser, en cada una de sus expresiones, tiende claramente hacia una misteriosa unidad*»⁸⁷.

Si católico significa universal, los católicos debemos ser, en principio, pluralistas por ser católicos. Pero, como nuestra vocación tiende hacia un Todo unitario, debemos poseer, también, una visión totalizante, complexiva, armoniosa del

83 *Ibid.* 955.

84 *Ibid.* 956.

85 *Ibid.*

86 *Ibid.*; Cf. también Obispos de Asia (28-XI-1970): AAS 63 (1971) 25-26: «Un pluralismo de expresiones es deseable».

87 Alloc. Aud. Gen (14-V-1969): Inseg VII (1969) 956.

universo, de la misma humanidad y de su historia. Hasta el punto de que el católico puede hacer suya la famosa frase de Terencio: «*Homo sum et nihil humani a me alienum puto*»⁸⁸.

Fundamental es, para el Beato Pablo VI, reconocer que las iglesias locales son diversas. Más aún, que tienen derecho a seguir siéndolo, dentro de la unidad querida por Cristo. Si en el caso de las iglesias cristianas, no en plena comunión con Roma, el Papa Montini se comprometía a ir conociendo y reconociendo –salvando la fidelidad a la única Iglesia–, todo lo bueno y positivo, que de hecho existe ya en ellas, ¡cuánto más lo hará en el caso de las iglesias locales, que están ya dentro de la comunión católica con Roma!⁸⁹.

Admitido esto, el Papa no dejaba de llamar la atención sobre este extremo: el *pluralismo* se puede convertir en una realidad equívoca, y el término «*diverso*» también se nos puede prestar a equivocaciones. El Papa siempre distinguía un verdadero de un falso pluralismo⁹⁰. La Iglesia tiene la obligación de tocar una misma melodía con todas las variaciones posibles. Cuantos más registros, instrumentos, voces, se oigan, mejor. Pero toda esta variedad debe estar atenta a la melodía principal y al director de orquesta⁹¹.

La interpretación del símil montiniano no es difícil: la melodía es la «*una fides*», el único Mensaje (habría que escribirlo así, con mayúscula). El director, que da unidad a la melodía, es el Magisterio. La fidelidad al don recibido –la Revelación– exige armonía, conjunción de instrumentos y voces. Los desafinamientos, las individualidades excluyentes –aunque sean geniales– hacen daño, no construyen (al revés, destruyen). Esto es aplicable a todos los casos de *individualidades* que pueden aparecer en la Iglesia. Aunque sean geniales. O

88 *Ibid.* 956-957; Disc. Sacro Colegio (23-VI-1969): AAS 61 (1969) 516; remito al sugerente capítulo del P. Congar, titulado *Il pluralismo valore interno dell'unità*: Cf. Y-M, CONGAR, *Diversità e Comunione*, Assisi, 1983, 62-66 (permítaseme citar la traducción italiana). El orig. Francés es de 1982.

89 Disc. apertura tercera sesión Vaticano II (14-IX-1964): AAS 56 (1964) 815.

90 Alloc. Aud. Gen. (28-VIII-1974): Inseg XII (1974) 764-767; PB (Exhort. Ap.) (8-XII-1974): AAS 67 (1975) 1277-1281.

91 Alloc. Aud. Gen. (28-VIII-1974): Inseg XII (1974) 765.

tozudas e impenetrables, como en el caso Lefèbvre, al que nos hemos referido de paso.

Sin embargo, el Papa insistía en que nadie debería desconfiar de la Iglesia. No tiene por qué haber monolitismos. Los dogmas, el Mensaje revelado por Dios y como tal propuesto por el Magisterio, no tienen por qué ser la cárcel del pensamiento. Los teólogos humildes, sabios, lo han experimentado y vivido bien. Los artistas, que se han dejado arrebatarse por el «*genio del cristianismo*», han dejado obras sublimes y variadas. Muy variadas.

Decía, a propósito de esto, el Papa Montini: «*La doctrina católica posee una riqueza enorme de formas de expresión, para cada lengua (...), para cada período de la historia (...), para cada edad y situación de la vida humana (...). Este es el pluralismo de la Iglesia católica*»⁹².

¿Qué ámbitos abarca este pluralismo? ¿Hasta dónde se extienden sus límites? ¿Cuáles son sus fronteras no traspasables? Sigamos sondeando el pensamiento del Papa.

El pluralismo en la Iglesia reverdece, una primavera y otra, en los ámbitos más diversos:

Primero, en el ámbito de la reflexión teológica, alimentada por el estudio personal, conducida por la investigación en equipo, hecha ciencia en especializaciones muy concretas, con métodos avanzados de estudio. Ahí están las escuelas teológicas de todos los tiempos y del nuestro, también. Y no sólo en la Iglesia católico-romana; también, en el ámbito de las otras Iglesias cristianas

Segundo, en el ámbito de la Liturgia: «*lex orandi, lex credendi*». La Iglesia católica admite tradiciones, ritos litúrgicos diversos. El gran respeto demostrado por las liturgias del Oriente y, después del Vaticano II, por la inculturación de la Liturgia en los países de misión, ponen de manifiesto una decidida voluntad de escuchar todas las voces y registros posibles⁹³.

Tercero, en el ámbito de la pedagogía de la fe. Basta con asomarse un poco a la Historia de la Teología y de la Catequesis: «*Recuérdese el “kerigma” o anuncio primitivo, la “didaché”*

92 *Ibid.* 764-765.

93 *Ibid.* 765; Cf. también Alloc. Aud. Gen. (14-V-1969): Inseg VII (1969) 957; Carta Orden cartujos (18-IV-1971): Inseg IX (1971) 314-315.

o doctrina apostólica, los primeros “símbolos”, o sea las síntesis doctrinales, como “reglas” de la doctrina, que tomaron el nombre de “credo”, y después los “catecismos” y las obras doctrinales de todas clases, como por ejemplo las “sumas” teológicas medievales, y las obras más recientes dedicadas a exponer el dogma católico de forma más amplia y sistemática»⁹⁴.

Cuarto, en el ámbito de la disciplina eclesiástica: El hecho de que en la Iglesia católica haya un doble código –uno para la Iglesia latina y otro, para la del oriente– así lo demuestra. Los pasos para elaborar el nuevo código, los dio, precisamente, el Papa Montini.

Quinto, en el ámbito de la producción artística: Sería interminable hacer un recorrido por las creaciones literarias, pictóricas, escultóricas, arquitectónicas, musicales, cinematográficas, que llevan la impronta cristiana, difundiendo por sí solas el único y genial mensaje de la única y católica fe⁹⁵.

Pienso que en este punto todavía queda mucho que investigar: se debería hacer estudios bien documentados de cómo el «*genio del cristianismo*», uno y universal, ha ido cristalizando en las distintas y plurales formas de pensamiento, en saberes teológicos confluyentes, en culturas muy dispares, en etnias diversas, etc. Y todo, alentado por apóstoles, misioneros y testigos imaginativos y entregados de la fe cristiana, una y variada.

Pero, ¿cuáles serían las fronteras que no debiera de traspasar un pluralismo responsable?

Coinciden en buena lógica con los fundamentos o pilares de la unidad:

Ante todo, debe tenerse en cuenta la *identidad y fidelidad a la misma fe*. El Papa Montini se refería con frecuencia a este «*sagrado depósito*», que ha sido «recibido», no «inventado» por la Iglesia. Tan importante es esta «*única fides*», que hasta que todos los cristianos no nos abracemos en ella, no será posible la unidad ansiada. Los textos de **S. Pablo**, que abogan por esta *única fides*, son conocidos y abundantes: Cf Ef 4, 3-6; Flp 2, 2; Rom 15, 5; 12, 16...

94 Alloc. Aud. Gen. (28-VIII-1974): Inseg XII (1974) 764.

95 *Ibid.*

Decía el Papa Pablo VI: «¿Qué ecumenismo podríamos así construir? ¿Qué unidad de la Iglesia podríamos recomendar sin la unidad de la fe? ¿Dónde iría a parar el cristianismo, más aún dónde iría a parar el catolicismo, si, todavía hoy, bajo un espacioso pero inadmisiblemente pluralismo, se aceptase como legítima la disgregación doctrinal, y, por tanto, también eclesial, que puede traer consigo?»⁹⁶

En segundo lugar, la *identidad y fidelidad al mismo magisterio*. Es cierto que el Espíritu Santo es el gran Maestro del sagrado depósito de la fe (Cf Jn 14, 26; 16, 23). Pero la garantía interpretativa la tiene, por voluntad de Cristo, el Magisterio de la Iglesia. El Magisterio debe encender la luz, que le ha sido confiada, y ponerla alta, en el candelero, allí donde todo el mundo pueda verla y, así, dejarse iluminar por ella (Cf Mt 5, 14)⁹⁷.

La Iglesia, pues, admite un pluralismo con tal de que se respete la unidad esencial del Credo cristiano (Cf Ef 4, 3), la Tradición más sólida y un Magisterio responsable.

Enmascarar la arbitrariedad de pensamiento y de acción, la autonomía egoísta y el «ghetto» particular, y hacerlos pasar por pluralismo eclesial, constituye una farsa. El peligro cismático se cierne sobre la comunidad, cuando del legítimo pluralismo se deriva hacia un particularismo caprichoso en opiniones y posturas, al margen de la unidad de la fe. Las *polémicas particularistas*, lejos de construir la unidad, atomizan el Cuerpo Místico de Cristo y lo destruyen. Precisamente lo que define al Cuerpo místico, la Iglesia, es su trabazón interna. Si esta comunión de miembros, unidos entre sí y a la cabeza, se desmorona, el Cuerpo enferma⁹⁸.

⁹⁶ *Ibid.* 766.

⁹⁷ El Papa remite, primero, al *Enchiridion Symbolorum et Definitionum* y, después, a los Documentos del Concilio: Cf. *Denz.Sch* 3050 ss.; LG 18; DV 12.23; UR 21; Pablo VI: *Ibid.*

⁹⁸ De los peligros de un pluralismo mal entendido habló ampliamente el Papa: Disc. Simposium obispos africanos (31-VII-1969): Inseg VII (1969) 531; Alloc. Aud. Gen. (24-IV-1974): Inseg XII (1974) 369: «...indocili e indisciplinati pluralismi»; Disc. Conferencia Episcopal Italiana (11-IV-1970): AAS 62 (1970) 280: «certo eccessivo e spesso incauto pluralismo»; Disc. Conferencia episcopal oceánica (1-XII-1970): AAS 62 (1970) 56-57.

Es muy difícil construir la Iglesia una y plural, si los que poseen el carisma de la autoridad son permanentemente «contestados». La Iglesia, que se levanta sobre el fundamento de los apóstoles, de los que los obispos son sucesores, degeneraría en sectas, si no mantuviera esta vinculación fundamental de los grupos y comunidades de fieles con la autoridad jerárquica.

Así, pues, estas degeneraciones particularistas del pluralismo –según Pablo VI– son nocivas en tanto que «*se oponen a la jerarquía*» y «*ponen en entredicho la obligación de obedecer*»⁹⁹.

Pero el Pontífice iba más lejos, cuando se refirió al *falso pluralismo teológico*, rayano en el relativismo dogmático, patrocinado por esos grupos disidentes, que consideran este tipo de pluralismo como un verdadero *locus theologicus*. En nombre de este pluralismo mal entendido toman «*posiciones contra el magisterio auténtico del Romano Pontífice y de la Jerarquía Episcopal, únicos intérpretes autorizados de la divina Revelación...*»¹⁰⁰.

No es que el Papa Montini no reconociera un «*legítimo derecho de ciudadanía en la Iglesia al pluralismo de investigación y de pensamiento*»¹⁰¹. En este pluralismo puso él la riqueza de la diversidad eclesial.

Admitía el Papa que un *equilibrado pluralismo* tiene su fundamento en el misterio de Cristo. Las riquezas de este misterio, inescrutables, (Cf Ef 3, 8) sobrepasan las capacidades de las distintas épocas y culturas. Todo lo que se deriva de este misterio admite investigaciones siempre nuevas. Aunque habrá que estar atentos para no caer en subjetivismos. Corresponde al Magisterio velar contra cualquier arbitrariedad interpretativa.

Hay otro pluralismo equivocado: el que considera la fe y su enunciación no como una herencia comunitaria, eclesial, sino como una exigencia individual de la libre crítica, del «libre examen». La Palabra de Dios, expuesta, de nuevo, al

99 Paterna cum Benevolencia (PB) (8-XII-1974): AAS 67 (1975) 12.

100 *Ibid.*, 13.

101 *Ibid.*

subjetivismo. Es así como se deriva hacia la construcción de doctrinas que no se ajustan a la objetividad de la fe, incluso se muestran contrarias a la misma. En este terreno se pisan los límites de la división. Y no se olvide que cualquier fallo en la identidad de la fe acarrea también un decaimiento en el amor mutuo.

Pero nada solucionan el pluralismo y sus límites, si, cuando aparecen los inevitables conflictos doctrinales, litúrgicos y disciplinares, no son afrontados con el respeto, tacto y comprensión que está pidiendo la *caridad cristiana*.

B) «La hora de la caridad»

La caridad establece una especie de «cortocircuito» entre Dios y el hombre. Se trata de un maravilloso intercambio, que trastoca las relaciones humanas. Decía Pablo VI: «*La caridad que procede de Dios, se transforma en caridad que sube hasta Dios, estableciendo así una comunicación entre Dios y el hombre*»¹⁰².

La caridad, que es la virtud más importante de todo el sistema moral cristiano, compendia la misión pastoral de la Iglesia. El carisma de Pedro y de sus sucesores –repitía el Papa con insistencia– se condensa en el *officium caritatis* («servicio de caridad»).

La caridad define a la Iglesia de Roma. Si por algo se debe distinguir la antigua Iglesia de los Apóstoles Pedro y Pablo, es por aquello de «*praesidens in caritate*» (la que «pre-side en caridad»). Pablo VI, tan contemplativo, hombre de oración, había meditado y rezado muchas veces con el texto de Jn 21, 15: «*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?*». Nadie, ni siquiera el Papa, puede decir que ama a Cristo suficientemente. En el amor al Señor siempre hay un *plus* de progreso.

Así, pues, un buen pastor pondrá la caridad en el centro de su actividad pastoral, respetará el legítimo pluralismo y huirá de todo tipo de imposición centralista. Pero, en aras

¹⁰² Disc. apertura cuarta sesión Vaticano II (14-IX-1965): AAS 57 (1965) 797.

de esta misma caridad, se deberá mostrar vigilante, cuando, bajo la excusa del «pluralismo», alguien atenta contra el depósito de la fe.

La caridad es la reina de las virtudes teologales. Hasta la misma fe debe ponerse al servicio de la caridad cristiana. Aunque si alguien traicionara las verdades de la fe, habría que corregirle o llamarle la atención en aras de la caridad precisamente. La fe está al servicio de la caridad no sólo mirando hacia el interior de las Iglesias cristianas, sino también cuando se trata del servicio a la sociedad de hoy día.

En el aula conciliar, e inmediatamente después de regresar de la Sede de las Naciones Unidas –donde Pablo VI pronunció uno de sus más bellos discursos sobre la construcción de la unidad y la paz de los pueblos–, dirigiéndose a los padres conciliares y a todos los que participaban en las sesiones del Vaticano II, el Papa Montini habló, entre otras cosas, de *poner la fe al servicio de la caridad*. Y esto no sólo en el diálogo ecuménico entre las iglesias cristianas, sino también «*en las relaciones espirituales y sociales con los hombres de buena voluntad de cualquier raza y de cualquier religión*»¹⁰³.

El Papa Montini pensaba que vivir la fe en conexión con la caridad equivalía a contribuir a la causa de la paz, y, por tanto, de la unidad no sólo *ad intra*, sino *ad extra* de la Iglesia. La Iglesia posee el «*ministerio de la reconciliación*» (2 Cor 5, 18), y todo lo que se encamine a construir la paz y la unidad (siempre en el respeto debido a una amplia pluralidad) es de su competencia.

Más aún, «*la caridad es la que debe purificar la legítima y, a veces, obligada contestación (en la Iglesia)*»¹⁰⁴. Y cuando el Papa decía esto, estaba reconociendo que existe una contestación positiva, que procede del deber profético de denuncia. Pero simultáneamente rechazaba en nombre de la caridad la *crítica corrosiva*. Es la caridad la que debe «*curar a la Iglesia*» de las heridas que le produce la crítica destemplada¹⁰⁵.

103 Disc. aula conciliar (5-X-1965): Inseg III (1965) 542.

104 Aloc. Aud. Gen. (29-VIII-1973): Inseg XI (1973) 803.

105 *Ibid.*

La misma justicia debe ser integrada en la virtud de la caridad. No hay contraposición entre ambas virtudes. No se trata de dos discursos distintos. La caridad precede a la justicia, y hasta va más lejos que la misma justicia (entendida esta como dar a cada uno lo suyo). Incluso, va más lejos. Para el Papa «*ha llegado la hora de hacer la apología (de la caridad) como fermento de todo sistema económico-social*»¹⁰⁶.

Conviene subrayar este afán del Papa Montini por integrar en la caridad toda la actividad que brota de una actitud creyente. Se trata de una muestra más de esta visión integradora, totalizadora y unificadora, que Pablo VI llevaba dentro y a la cual nos hemos referido ya. Una Iglesia que hace de la caridad su norte, su compromiso en medio de las gentes, será siempre *sacramento de unidad* para el mundo.

¿Por qué esta importancia de la caridad en la dialéctica unidad-pluralismo?

Porque el amor *une*; pero el amor de Cristo, además, *reúne*: «*Congregavit nos in unum Christi amor*». Pablo VI hace alusión con frecuencia al amor de Cristo como *encuentro de unidad*¹⁰⁷.

Y la caridad que *une* y *reúne*, sabe también diferenciar y armonizar. La caridad entiende de respeto: o sea, diferenciar peculiaridades, ámbitos personales, lo más propio de cada cual. Es precisamente esta caridad compaginadora y armonizadora (en el respeto más escrupuloso a las propiedades de cada uno) la virtud más específica de la Iglesia como Cuerpo Místico. Ella hace hermanos a todos los que aceptan entrar en esta familia en la que caridad y hermandad presiden siempre (Cf Mt 23, 8), pero en la que también una escrupulosa organización (respetando siempre la diversidad) es capaz de orientar hacia un mismo fin¹⁰⁸.

106 Cf. Alloc. Consejo «Cor Unum» (13-I-1972): «En ce sens elle précède et intègre la justice et l'heure est venue d'en faire l'apologie comme ferment de tout système économique-social»: Inseg X (1972) 47.

107 Cf. a modo de ejemplo, hom. Obispos y Laicos (22-II-1968): AAS 60 (1968) 210.

108 Hom «In Coena Domini» (26-III-1970): AAS 62 (1970) 209-210.

Así pues, la Iglesia se define y entiende por su caridad. Una caridad que se traduce en unidad y respeto a la diversidad. La caridad es el único vínculo permanente de la unidad/diversidad de la Iglesia: «*la Iglesia es caridad, la Iglesia es unidad*»¹⁰⁹.

El mismo movimiento ecuménico ha sido un estímulo muy fuerte y beneficioso para la caridad¹¹⁰. Es un hecho que la Iglesia católica –jerarquía y fieles– sumergida en el movimiento ecuménico, ha progresado en la caridad. El estudio y la praxis ecuménicos han ensanchado el corazón de la Iglesia, lo han hecho más universal y abierto a otros proyectos cristianos.

La caridad, en el camino ecuménico, ha llevado a superar posiciones internas adquiridas, que parecían normales. Es esta una virtud que va enganchada a enormes dosis de humildad, de generosidad, de relativizar muchas cosas que parecían absolutas.

La caridad castiga al propio egoísmo, porque ella no entiende de prestigios humanos. San Pablo expresa bien lo que conlleva la caridad (Cf 1 Co 13, 4-5). Por todo esto, podríamos decir, parangonando la liturgia de la gran vigilia pascual: ¡Benditas divisiones («¡Oh, felix culpa!») si han contribuido a hacernos más humildes y a querernos más en la búsqueda de la unidad completa, que todavía nos falta!

Pero del *diálogo en la caridad*, como postulado fundamental del ecumenismo, habría que hablar específicamente en otro lugar¹¹¹.

Resumiendo, estas serían las tres piedras fundamentales del edificio de la Iglesia: *caridad* (vínculo insustituible), *unidad* en una fe básica y esencial, y *adhesión* fiel a una única comunidad visible y orgánica. Todo ello, sin que sufra menoscabo la legítima diversidad. Pero sin estas tres piedras el Papa Montini pensaba que el edificio de la necesaria unidad eclesial no se sostendría en pie y se derrumbaría.

109 Aloc. Conferencia Episcopal Oceánica (1-XII-1970): AAS 63 (1971) 57.

110 Aloc. Aud. Gen. (24-I-1968): Inseg VI (1968) 723-725.

111 Cf. E. DE LA HERA, *Pablo VI, timonel de la unidad*, o. c., 439-447

BREVES CONCLUSIONES

Me parece, por tanto, que la postura y el magisterio del Papa Montini frente al fenómeno de la *contestación* y de los, por él llamados, *fermentos cismáticos*, acentúan estos puntos relativos a la unidad interna de la Iglesia:

Primero: Clara distinción entre *crítica destructiva* y *crítica constructiva*; la primera nace del resentimiento; la segunda, en cambio, del amor y de la fidelidad. La *crítica constructiva*, para que sea tal, debe ir acompañada de un esfuerzo de renovación personal, no menos que de un compromiso real con alguna actividad intraeclesial. La *crítica destructiva* lo es en cuanto que de un extremo u otro (desde el integrismo o progresismo) sistemáticamente se opone a una *experiencia* y *desarrollo* de la Tradición eclesial: unos le dan a esta muy poco valor de cara al presente y al futuro; otros le niegan dinamismo y crecimiento, convirtiéndola en un fósil. Ambas posturas entran en conflicto con el Vaticano II, verdadero regulador de la marcha de la Iglesia y del que son intérpretes fidedignos los obispos en comunión con el Papa.

Segundo: Se impone un esfuerzo en toda la Iglesia, para mantener la unidad interior de fe, de caridad y de disciplina; sólo así la Iglesia no dejará de ser lo que Cristo quiso que ella fuera. Pero esta unidad no deberá hacerse a costa de la legítima diversidad (o pluralismo), tan esencial en la Iglesia como la propia unidad.

Tercero: Para que el pluralismo constituya una riqueza y no un riesgo, debe presidir en todo momento la caridad, que en los pastores es escucha y respeto de la propia personalidad de los laicos; en estos, en cambio, es obediencia y reconocimiento de una autoridad, puesta en la Iglesia para discernir espíritus y tareas en orden a la edificación del mismo único Cuerpo.

Cuarto: Por tanto los únicos límites puestos al pluralismo son los que dimanen de la verdad de la *única fides*, del diálogo en la *caridad* y de la *disciplina*, que conlleva el vivir bajo unos mismos pastores, puestos por Jesucristo, para conducir su Iglesia.

Cuando el mar está revuelto y las olas encrespadas, para evitar el mareo, aconsejan los timoneles fijar la mirada en el horizonte. Pablo VI, durante la travesía del posconcilio –creo que a él le tocó lo más duro del abordaje– exhortó a los navegantes a clavar la mirada en tres puntos concretos del horizonte de la Iglesia. Él lo formuló en términos de *triple fidelidad*. Es así como, según parece, creía él que la unidad de los católicos podría salvarse. Recojo estos puntos como colofón de este mi trabajo:

A) *Fidelidad al Concilio*

El papa Montini estaba convencido de que muchos de los que se atreven a decir que el Concilio está superado, seguramente es porque no han explorado suficientemente sus enseñanzas.

B) *Fidelidad a la Iglesia*

Es necesario –por este orden– comprenderla, amarla, servirla y pensarla (para así poder edificarla). Hay tres razones potentes que deben empujarnos a ello: es signo e instrumento de salvación; es objeto del amor inmolado de Cristo; y, también, porque los mismos que amenazan con irse, son ellos mismos Iglesia.

C) *Fidelidad a Cristo*

Cristo resume todas las fidelidades: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 69).

Gozar del riesgo puede ser un privilegio, un don. Dios se lo regala a quienes permanecen fuertes en la fe y en la caridad. Aunque la travesía de la barca, en un océano de tormentas, sea amenazante.

Pablo VI, en medio de las tormentas, miraba siempre más lejos, y, mientras invitaba a la vigilancia y a la fidelidad, se atrevía, esperanzado, a leer en el fenómeno incómodo de la «contestación» una llamada histórica al pluralismo de la Iglesia. Más aún, interpretaba las sacudidas del oleaje como una urgencia de renovación y de reforma.

Y es que una Iglesia en la que se mueven las aguas, es una Iglesia que está viva.

Dr. Eduardo de la Hera Buedo
Responsable de Relaciones Interconfesionales
Diócesis de Palencia

SUMARIO

El sacerdote palentino Eduardo de la Hera, estudioso de la figura de Pablo VI y el ecumenismo desde la elaboración de su tesis doctoral, describe en este artículo una panorámica sobre los años del post-concilio Vaticano II en los que el papa Pablo VI tuvo que dar forma y orientación a los impulsos conciliares de renovación de la Iglesia católica. Analiza la doctrina del papa y la repercusión ecuménica que tuvo su magisterio en los años cruciales postconciliares hasta su muerte en 1978. El autor pone de relieve los esfuerzos de Pablo VI por mantener la unidad de los católicos como base de la acción ecuménica y el diálogo con las otras Iglesias y comunidades eclesiales.

PALABRAS CLAVE: Pablo VI, tensiones postconciliares, unidad católica, diálogo.

SUMMARY

The priest from Palencia, Eduardo de la Hera, has studied the figure of Paul VI and Ecumenism from the time of his Doctoral work. He presents in this article a survey of the post-Vatican II years in which Pope Paul VI had to shape and guide the council's new moves directed to the renewal of the Catholic Church. He studies the Pope's doctrine and the impact his teaching had on ecumenism during the post-Council years, until his death in 1978. The author draws attention to the efforts of Paul VI to maintain the unity of all Catholics as the basis for the ecumenical action and dialogue with other various Churches and ecclesial communities.

KEYWORDS: Paul VI, post-Council tensions, Catholic unity, dialogue.